

# RINCÓN NAZARET



## Memorias de un Olivo

Siempre he vivido junto a este camino, en la salida de Jerusalén. ¡Soy un árbol! Muchos estaréis pensando: “¡Qué vida tan aburrida, siempre clavado de raíces en el mismo sitio!” Y sin embargo, no sabéis lo interesante que resulta observar a la gente que camina cerca de mí. A veces, lo hacen solos, a veces, acompañados. Los hay que avanzan despacio y otros con mucha prisa. Con el tiempo, he aprendido a reconocer la expresión de los rostros, el ritmo de los pasos y el murmullo de las voces, y a percibir la alegría o la tristeza que acompaña a los caminantes. Es más, durante gran parte del año, el sol brilla con fuerza y, por suerte, tengo ramas abundantes con las que ofrecer un poco de sombra a quien necesite detenerse. Algunos se toman unos minutos apoyados en mi tronco y, en silencio, parecen confiarme sus pensamientos. Como soy un árbol, no puedo consolarles ni darles una palmadita de ánimo. Todo lo que puedo hacer es escuchar y llevar al cielo el mensaje de sus deseos.

Una tarde, vi de lejos a dos viajeros. Caminaban despacio y sin dejar de hablar. De vez en cuando, volvían la vista atrás, como desconfiados, como quien va recordando con pesar cosas desagradables. A lo lejos, apareció un tercer caminante. No tardó en darles alcance. Lo saludaron sin ganas. Observé como este se acomodaba a su ritmo y se puso a caminar con ellos. Creo que tenía interés en escucharles, en saber por qué estaban tan tristes. Me pareció oír una pregunta: “¿De qué vais conversando por el camino?”

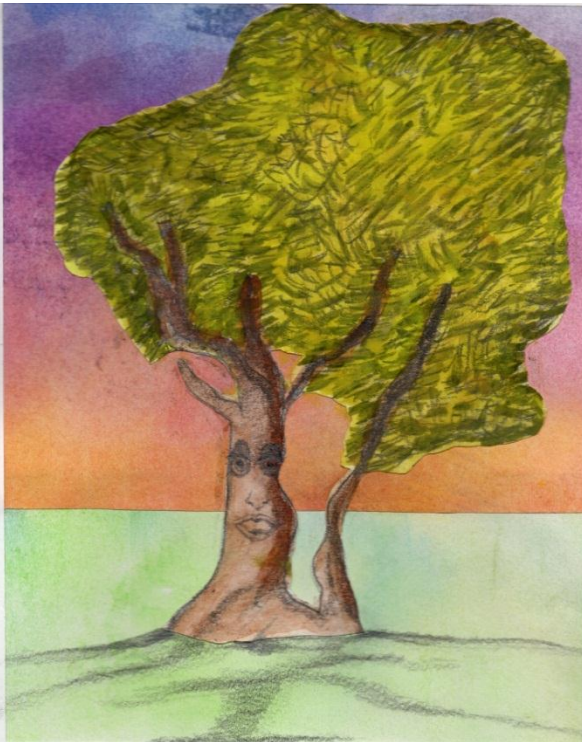


Ilustración: Paola Barrera (Burzaco)

Ellos se detuvieron bajo mi sombra. Ahora sí que pude ver sus rostros y escuchar sus motivos. Hablaron de un tal Jesús Nazareno, un profeta en el que habían puesto toda su confianza, un hombre de Dios que les había dado motivos para esperar un futuro mejor. Pero... algo fatal ocurrió. Los poderosos se pusieron de acuerdo para condenarlo a muerte en cruz. Seguían hablando: “Éramos un grupo. Él confiaba en nosotros. Contaba con nosotros para una misión. Creíamos que verdaderamente era el Mesías que esperábamos. Pero, ahora que todo acabó, ¿qué sentido tiene que sigamos juntos? Mejor será que cada cual se busque la vida. Cuanto antes nos olvidemos de esta historia, mejor para todos”. Pero estaba claro que no podían olvidarlo tan fácilmente. Hablaban de ese Jesús con mucho sentimiento. Había sido un gran amigo.

Y aquel tercer caminante, que tenía la sonrisa más luminosa del mundo, en ese momento, pareció fruncir el ceño, como cuando alguien te regaña, pero lo hace con cariño. Hablando de Moisés y de otros personajes, se fueron alejando y ya no oí más. Eso sí, algo debía tener el tercer caminante que me pareció verlos avanzar más ligeros, como cuando uno consigue desahogarse. Parecían encantados de su compañía. Quizás fueron imaginaciones mías, pero diría que una chispa de luz se encendió en ellos.

Llegaron al cruce de caminos. El tercer caminante parecía decidido a seguir adelante, pero los otros le tomaron del brazo. Seguro que querían convencerle para que siguiera con ellos. Juntos tomaron la dirección de Emaús. Estaba anocheciendo.

He de reconocer que, aunque estoy contento de ser árbol, algunas veces, me encantaría ser mosquito para volar y enterarme de lo que pasó aquella noche en Emaús. Algo muy especial tuvo que ser... Yo estaba casi dormido, cuando, de repente, sentí

movimiento. ¿Qué pasará? Alcé la vista. Desde Emaús, una pareja se acercaba corriendo. ¿Estarían huyendo? ¿Habría fuego en la ciudad? ¿Serían bandidos?

Cuando estuvieron más cerca, ¡qué sorpresa al reconocer a los dos caminantes tristes de la tarde! Pero... ¿qué les habría ocurrido? ¡Porque ahora parecían saltar de alegría! ¿Dónde habría quedado el tercero? Me tenía que enterar. Pero, en la noche, no iban a buscar mi sombra, claro está. ¿Cómo podría atraerles para que se parasen junto a mí?

Le pedí a las nubes que me hicieran un favor: que llovieran un poco, un chaparrón cortito que les obligara a refugiarse bajo mis ramas. Las nubes, como casi siempre, se hicieron las remolonas. “¡Ponerse a llover a estas horas!” “Por favor, por favor...”- insistí. Al final accedieron y, como había imaginado, los dos acudieron a resguardarse junto a mi tronco. Me dio pena verlos tan empapados, pero... lo que escuché aquella noche... me dejó más que impresionado. Dijeron: “*Pues claro, ¿no ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?*” O sea... que no habían sido imaginaciones mías, realmente esa chispa de luz, o lo que sea que vi encenderse en ellos, había sido de verdad. Y seguí escuchando:

- *Tenemos que contárselo a todos, en cuanto lleguemos. No importa que estén dormidos y con las puertas cerradas.*
- *¡Ay, hermano! ¡Qué suerte que se te ocurrió invitarle a seguir con nosotros!*
- *Les diremos: ¡Jesús está vivo! Ha venido con nosotros de camino, pero solo lo hemos reconocido al partir el pan.*
- *¡Qué alegría! ¡Ahora la misión comienza de nuevo! ¡Contamos con Él!*

Y se marcharon volando. Seguro que llegaron a Jerusalén antes del amanecer.

Yo no sé por qué, pero aquellos dos me habían contagiado una gran alegría. Sus palabras quedaron resonando en mi viejo cerebro de olivo. Me entraron unas ganas tremendas de saber más de Jesús. ¿Quién sería? ¿Y qué sería eso de partir el pan? No tardé mucho en conseguir respuesta. En los días siguientes y en los siguientes y hasta mucho tiempo después, las gentes se sentaban a mi sombra para contar cosas de la vida de Jesús. Y decían: “así tenemos que vivir nosotros, tal como Él vivió, que fue bueno como el pan, que partió y repartió su vida por los demás”.

Antes te contaba que me gusta escuchar historias de los viajeros y, como no puedo decirles ni una sola palabra, me contento con llevar al cielo sus deseos. A partir de aquel día, no sé por qué, lo hice con más interés y me pareció que el tercer caminante, al que nunca volví a ver, en realidad, estaba por todas partes, invisible, pero real, conmigo.

Como hago yo, Él también escucha a los viajeros, pero además, sabe cómo consolarles y tocar su corazón. Y fíjate, que más de una vez, volví a ver esa chispa de luz infinita en la mirada de los peregrinos.

Cfr. Lc 24, 13-35  
Equipo de Pastoral fsj

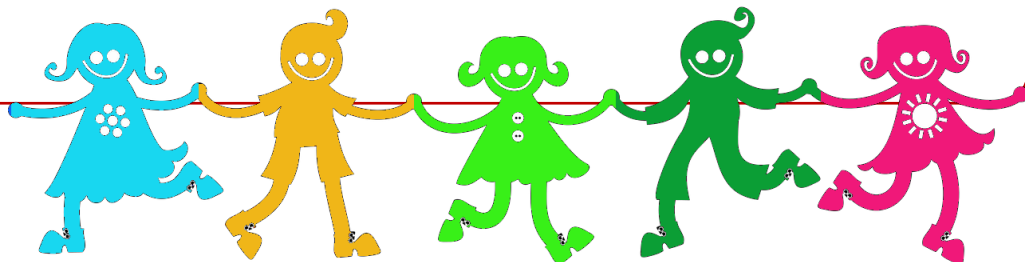
**¿Y si nos sentamos junto a un árbol y nos imaginamos nosotros en ese camino de Emaús?**

**¿De qué iríamos hablando por el camino? ¿Qué cosas nos preocupan?**

**Si Jesús se acercara ¿de qué nos hablaría? ¿Qué nos diría?**

**¿Qué podemos hacer para continuar también nosotros con los gestos de Jesús?**

**¿Qué chispa de luz podemos transmitir nosotros? ¿Qué “buenas noticias” tenemos para dar a los demás?**



### PRIMERA SESIÓN:

Se trabaja el texto en grupo, con unas preguntas sencillitas, para aclarar las posibles dudas y facilitar la comprensión del texto:

- ¿Qué cuenta la historia?
- ¿Quién es el protagonista? ¿Qué otros personajes aparecen?
- ¿Te identificas con alguno de ellos? ¿Por qué?
- ¿Te ha pasado alguna vez que NO has sabido reconocer a Jesús en tu vida cotidiana: escuela, familia, parroquia, comunidad...? Si así te ha ocurrido, no te asustes, suele pasar. Y es porque vamos muy deprisa por la vida y no nos paramos a mirar más allá que lo visible. Para ver a Jesús hay que pararse un poquito, guardar silencio, estar tranquilos y observar con el corazón, hacer oración con todo lo que vivimos y con todas las personas que nos acompañan día a día.

Si no sabes cómo hacerlo, recurre a alguna persona que te acompañe: ¿quién, de tu entorno, crees que te puede guiar en ese descubrir a Jesús en lo sencillo? Ponle nombre.

Parece ser que, hoy en día, pedir ayuda nos cuesta porque te hace ser débil, como si no pudieras afrontar las cosas por tu cuenta. Pero no es así, pedir ayuda es un gesto muy bonito, porque integras a otra persona en tu quehacer, lo reconoces como un apoyo ante la dificultad, como un compañero que te complementa y es algo recíproco.

Jesús de Nazaret es nuestro acompañante de camino, el acompañante más fiel que se ha visto en la historia. Pero igual nos resulta difícil verlo, porque tenemos que aprender a reconocerlo en lo sencillo de nuestras vidas.

Escribe una carta a esa persona a la que has puesto nombre, contándole por qué la necesitas y qué esperas de ella en ese acompañamiento. No olvides leérsela y darle un abrazo ☺.

### SEGUNDA SESIÓN:

Materiales:

- Recipiente (vaso de yogurt, vaso de plástico, tarrito de cristal...)
- Algodón.
- Legumbres: lentejas o alubias o garbanzos.
- Agua.
- Sol.
- Tiempo.
- Dedicación y amor.

En la sesión pasada hablamos de reconocer a Jesús. Somos aun pequeñitos para darnos cuenta de algunas cosas, pero eso no ha de impedirnos ni limitar nuestras ganas de descubrir a Dios en lo cotidiano. No podemos dejar esta importante experiencia para cuando seamos grandes.

Dios es vida. Eso sí lo sabemos. Y qué bonito es ver nacer y crecer a un hermanito, a un primo, a un cachorrito... Lo que nace y crece se trata con mimo, con dedicación, con dulzura. Eso es lo que Jesús hace con nosotros todos los días.

Entonces hoy cada uno va a favorecer este nacimiento y crecimiento de la VIDA. Pero... ¡OJO! Esto conlleva una gran responsabilidad y dedicación, ¿estás dispuesto?

Como elaborar nuestro proyecto de "creación de VIDA":

1. Coge tu tarrito/envase.
2. Pon en el fondo algunas piezas de legumbre que hayas elegido.
3. Cúbrelas con una buena capa de algodón bien húmedo.
4. Déjalo en un lugar soleado.
5. No te olvides de mantener el algodón siempre húmedo.
6. Mímalo.
7. Cuéntale como te ha ido el día.
8. Cántale una canción.
9. Escríbele en un pequeño papel una oración, que puedas renovar; acción de gracias, petición, un salmo.
10. Siéntete orgulloso y acompañado, porque en toda la Creación, Jesús está presente.

A lo largo del año, en el grupo se puede hacer un mural con la evolución de nuestra plantita y que cada miembro del grupo pueda contar cómo la cuida, qué proceso lleva, completar este testimonio con fotos.

*Como animadores, con esta actividad, hemos de ayudar a los niños a reconocer la VIDA, la acción de Dios presente en todo lo que crece, en todo lo que es vida, por pequeño y sencillo que parezca. Podemos tratar de relacionar esas pequeñas briznas, esos detalles con la espiritualidad de Nazaret. Así actuaremos como acompañantes en ese camino, tan propio de Nazaret, como es reconocer a Dios en lo cotidiano y, en lo cotidiano, alabarle y servirle.*